



do á la violencia y al solio de la justicia. Pero además de las torpes resistencias del interés se suscitaban otras fundadas en razón. Los errores de su escuela impedían á Turgot el conocer cuánto contribuye el crédito público á la prosperidad, así como también el que fuese lícito tomar anticipos sobre los ingresos anuales, y pensó que, reduciendo todas las contribuciones á una sola territorial, la imposición recaería únicamente sobre el *producto neto*. Asustó á los propietarios aquella contribución única sobre las tierras que, dejando libres los capitales creados por la industria, arruinaba de hecho la agricultura por [quererla sostener, y privaba al Estado del inmenso producto de los impuestos indirectos. Todos, pues, lo culpaban, á lo cual respondía: «Ya sabeis cuánto sufre el pueblo, y en mi casa se muere de gota á los cincuenta años.»

Viendo que los obstáculos á la circulación interior de los granos los hacían escasear en algunos puntos, al paso que se acumulaban en los graneros públicos, proclamó Turgot libre aquel comercio: lo cual hecho en un país cuyo sistema estaba fundado sobre las prohibiciones, era imitar por otro estilo á los filósofos que proclamaban la impiedad donde era innata la devoción. Por desgracia siguieron á estas disposiciones algunos años de carestía, y el vulgo, atribuyéndola á ellas, acudió en tropel al palacio de Versalles dando gritos lastimeros y pidiendo pan barato. El Parlamento dió la razón al vulgo, y Turgot, se vió obligado á enviar tropas para apaciguar el tumulto. De este modo se unieron á la aristocracia los artesanos y el pueblo para odiar al ministro.

Luis conversaba gustoso con Turgot y Malesherbes acerca de la futura felicidad de su pueblo; aplaudía consejos que apenas comprendía y para cuya ejecución le faltaba la energía necesaria; enterneciase al saber los desórdenes, y se llenaba de contento cuando le indicaban el remedio. Un día dijo á Turgot: *¿Ves? yo también trabajo*, y le enseñó un proyecto que había formado para destruir los conejos que echaban á perder la hortaliza. Otra vez oyendo en pleno Parlamento las reclamaciones exclamó: «Solamente Turgot y yo ama-

mos al pueblo.» Su conciencia se intimidaba de todo lo que asustaba á su debilidad, y reputaba por acto de tiranía un acto de justicia. Así, aunque había prometido sostener al ministerio, dejó que Malesherbes se retirase para encontrárselo después á su lado junto al patíbulo. Turgot, después de un breve ministerio, más notable por sus buenas intenciones que por sus actos, fué despedido, sin que su separación le causara más disgusto que el de no haber podido remediar los padecimientos del pueblo y el de ver á la revolución acercarse cada día con mayor rapidez. «Tú, le dijo el rey, eres más afortunado que yo, porque á lo ménos puedes renunciar.» Voltaire le aseguró en su desgracia la popularidad saliendo á su encuentro y diciéndole: «Dejadme besar esta mano que firmó la salvación del pueblo.»

Despidiendo á Turgot, renegaba Luis de las ideas de bien público, mostraba una funesta vacilación y se obligaba á entenderse con las medianías, por temor á los hombres eminentes. Blugny, que substituyó á Turgot, deshizo lo que éste había hecho y estableció hasta el inmortal arbitrio de la lotería; y así cuando después fué reemplazado por Jacobo Necker, de Ginebra, extranjero, protestante y banquero, aunque se infringieron en este nombramiento todas las prácticas establecidas, los innovadores le celebraron extraordinariamente. Necker, enriquecido en el comercio, había mostrado en su *Elogio de Colbert* que entendía las combinaciones económicas. En la «legislación de granos» censuró con elocuencia y moderación á Turgot y á los economistas entonces acreditados, desmascarando las palabras pomposas con que adormecían los dolores de la multitud. La buena sociedad que reunía en torno suyo su mujer culta y filantrópica, le había dado además reputación de pericia é integridad, por lo cual gozaba de la confianza de los negociantes y capitalistas, de quienes tenía necesidad para reponer su caja. Deseaba un vasto campo donde aplicar la experiencia que había adquirido, pero en la práctica se vió que tenía más vanidad que mérito, pues no aplicó sino escasos paliativos á enfermedades que eran orgánicas.

Las deudas dejadas por los reyes anteriores



y los preparativos de la guerra contra la Gran Bretaña, eran suficientes para explicar lo exhausto del tesoro. Necker, que había estudiado superficialmente la economía inglesa, y quería manifestarse antípoda de Turgot, creyó que remediaría la escasez por medio de empréstitos, los cuales no gravasen al Estado sino con los intereses, que se compensarían con economías. sistema engañoso que exageraba los efectos del crédito público sin fundarlos sobre las bases sólidas. Su reputación le hizo encontrar prestamistas, economizó hasta seis millones, echó mano de mil arbitrios para equilibrar los gastos con los ingresos, y es de creer que por lo ménos se hizo la ilusión de conseguirlo. Así como Turgot pensaba que el gobierno había hecho lo bastante con quitar los obstáculos y *dejar pasar*, Necker, por su parte, quería una administración laboriosa, atenta al bien del pueblo, cuidadosa de los débiles y dispuesta á defenderles el pan y procurarles trabajo. Estableció asambleas provinciales, á quienes competía repartir los impuestos, cuidar de los caminos y proponer lo que creyesen conveniente al bien público, y aunque estas asambleas no tuviesen carácter representativo ni estaban en correspondencia directa con el rey, sino solamente con el ministro de Hacienda, se logró por su medio que contribuyesen al bienestar público, no ya como antes tan sólo unos cuantos agentes del poder, sino también los ciudadanos.

Otra novedad que Necker obtuvo del rey fué la publicación de las cuentas, que presentó en 1781: apelación arriesgada á la opinión pública y cuya causa fué el deseo de fundar el crédito sobre la mejor base; esto es, sobre la pública confianza. De aquellas cuentas aparecía que en cuatro años se había cubierto el déficit anual de 27.000.000 de francos y ahorrado 10.000.000 más sin nuevos impuestos, y solamente por medio de hábiles empréstitos y minuciosas economías. Los guarismos dicen lo que uno quiere que digan. Muchos errores corrieron y muchísimas omisiones hubo en tales cuentas, ó por malicia ó por ilusión; pero el aire de candor suplía á la poca claridad. El público quedó admirado de ver por la primera vez penetrar la luz en los misterios del Estado y en los elementos de

fuerza y de debilidad de su gobierno, mezclados como nunca se han visto la moral con los cálculos, los números con nobles ideas, partidas de cargo y data, con pensamientos filosóficos. Las cuentas así formadas fueron leídas en los salones y en los gabinetes, y todos discurrían ó charlaron sobre hacienda y legislación. Pero á los hombres cuerdos y previsores desagradó aquella publicación en que el ministro se atribuía todo el mérito, eclipsando al príncipe: tampoco gustó la idea de repartir uniformemente las cargas públicas, por lo cual Necker viendo la oposición que se le hacía, dimitió su cargo, y el pueblo, que ya lo quería bien, entonces lo adoró.

A la verdad, Turgot y él eran los dos únicos ministros que habrían podido evitar la revolución, tomando de ésta los principios y poniéndolos en práctica, animados como estaban ambos de un verdadero deseo del bien público, deseo enteramente desinteresado en Turgot, y acompañado en Necker de la ambición de gloria. Con ellos desaparecieron los reformadores para dar lugar á ministros cortesanos y á la influencia incontrastada de María Antonieta.

Un nuevo consejo de hacienda lo echó todo á perder, hallándose el tesoro con un déficit de 210.000.000 por causa de la guerra y de 80 por otros gastos, y habiéndose consumido anticipadamente sobre las rentas futuras 178.000.000 además del acostumbrado descubierto de 80 millones. Pero si la severidad de Necker había asustado, y si la medianía de sus sucesores había sido causa de desaliento, lo fué de tranquilidad la franca audacia de Carlos Calonne, á quien las intrigas de corte habían elevado al ministerio de Hacienda. Calonne, hombre ingenioso, tomaba como materia de entretenimiento lo que á los demás parecía trabajo hercúleo, y hacían que lo creyeran hábil tratando ligeramente las cosas más serias, inclusa la virtud. No pensando nunca en el porvenir, asistía constantemente á los sarasos de la reina y del conde de Artois; favorecía á sus recomendados, les proporcionaba dinero para sus desórdenes, para ceñir á París de muros y comprar á Saint-Cloud para el rey, y á Rambouillet para la reina. A esta le contestó una



vez: «Si lo que V. M. pide es posible, délo por hecho; si es imposible se hará.» Calonne inspiró en breve á los demas la confianza que él mismo tenía; inventó nuevos modos de proporcionarse dinero, los cuales tuvieron buen éxito como lo tienen todas las novedades en Francia; hizo que circulase la moneda; genio de la esperanza conforme aquel que dominaba entonces en París, llegó á ser el ídolo de esta poblacion. Pero cuando se creía que ya no quedaba ninguna trampa que cubrir, cayó el velo y se vió que la deuda pública habia tenido un aumento de 1.600.000.000.

Todo esto daba motivo ó fuerza á las quejas; y la noble juventud que en la guerra de América se habia impregnado de ideas republicanas, se unia al Estado llano para hacer reclamaciones, ya serias, ya burlescas. La molición de las costumbres habia introducido una benevolencia universal, cierta igualdad á la inglesa y á la americana. Reemplazaron á las casacas redondas, y á la larga cabellera los jubones y el pelo cortado, y un noble podia á ciertas horas presentarse en público sin espada. Debilitábase el respeto á los linajes, y los plebeyos entraban en los consejos y en la administracion, y adquirian relaciones de parentesco con ilustres familias. Discutiábase sobre todo, y en los banquetes y en las conversaciones se ostentaba ya la pedantería de los filósofos, ya la sensibilidad de los economistas, pero siempre tendiendo al mejoramiento y á los fines más nobles, y esperando que las generaciones venideras bendecirían á la generacion viviente. En la paz de América se creyó ver el triunfo del deseo y tendencias cosmopolitas que animaban á la sociedad, y los sabios lo celebraron sin echar de ver los peligros que la disminucion de autoridad podia ocasionar. Elogiábanse las instituciones americanas é inglesas, ponderándose la necesidad de introducir las en Francia, lo cual no menoscababa el cariño hereditario á la monarquía; aquellos hombres, innovadores pero no facciosos, deseaban la tribuna sólo para ostentar en ella la elocuencia y los conocimientos que cada uno creía poseer.

«Los jóvenes nobles, dice Segur, sin echár

de menos lo pasado, sin inquietud respecto del porvenir, marchábamos alegremente sobre flores que nos ocultaban el abismo. Jocosos censores de las modas antiguas, del orgullo feudal de nuestros padres y de su grave ceremonial, todo lo que era viejo nos parecia ridículo é impertinente; la gravedad de las doctrinas del tiempo anterior se nos hacia tan pesada cuanto ligera y agradable la filosofía risueña de Voltaire; y sin desentrañar demasiado la de escritores más serios, la admirábamos como prueba de valor y de resistencia á las arbitrariedades. La sencillez del traje inglés nos permitia emanciparnos de un esplendor incómodo en las minuciosidades de la vida privada. Dedicando todo nuestro tiempo á la sociedad, á las fiestas, á los deleites, á los no pesados deberes de la córte y de las guarniciones, gozábamos negligentemente así las ventajas que nos habian trasmitido las antiguas instituciones, como la libertad que nos habian dado las nuevas costumbres. De esta manera los dos sistemas lisonjeaban al mismo tiempo, uno nuestra vanidad, otro nuestra inclinacion á los placeres.

«Hallando en nuestros castillos, con nuestros villanos, guardias y jueces, algunos vestigios del poder feudal que antiguamente tuvieron nuestros padres; disfrutando en la córte y en las ciudades de las distinciones del nacimiento; elevados en los campos por sólo nuestro nombre á los grados superiores y libres ya para mezclarnos sin pompa ni obstáculos entre todos nuestros conciudadanos, para gustar las dulzuras de la igualdad plebeya, veíamos correr nuestra breve primavera en un círculo de ilusiones, en una especie de beatitud cual jamás la habíamos conocido. Libertad, trono, aristocracia, democracia, preocupaciones, razon, novedades, filosofía, todo se unía para hacer nuestros dias felices, y nunca tan terrible despertar fué precedido de sopor tan dulce y sueños tan seductores...

«Nunca se habia visto tanta diversidad de opiniones, de gustos y de costumbres; en el seno de las academias se aplaudian las máximas filantrópicas, las diatribas contra la vanagloria y los votos de paz perpétua, y al sa-



«lir de aquellas reuniones se intrigaba y se clamaba para arrastrar al gobierno á la guerra. Cada cual se esforzaba por eclipsar á los demás en lujo, mientras se hablaba en tono republicano y aparentando igualdad; ni nunca hubo en la córte mayor magnificencia y ménos poder. Censurábase á los potentados de Versalles y se adulaba á los de la Enciclopedia, y una palabra laudatoria de D'Alembert ó Diderot era preferida al favor más señalado de un príncipe. Los prelados dejaban sus diócesis para solicitar ministerios; los abates escribían versos y comedias escandalosas; en la córte se aplaudian las sentencias republicanas de Bruto; los monarcas abrazaban la causa de un pueblo rebelado contra su rey, y se hablabla de independencia en los campamentos, de democracia entre los nobles, de filosofía en los bailes, y de moral en los gabinetes voluptuosos.

«Como la felicidad hace á los hombres indulgentes y confiados, se dejaban correr libremente todos los escritos de reforma, todos los proyectos de innovaciones, los pensamientos más liberales, los sistemas más atrevidos. Todos creían caminar á la perfeccion, y no se cuidaban de los obstáculos, orgullosos de ser franceses, y lo que es más, franceses del siglo XVIII, que nosotros considerábamos como la edad de oro restablecida en la tierra por la nueva filosofía.

«En toda Europa las universidades, las academias, eran el eco de la filosofía francesa; el amor á la libertad tomaba el carácter de sentimiento universal; los Parlamentos condenaban cualquier libro por deber, por costumbre; pero sus reclamaciones y la oposicion que hacían al ministerio, hablaban más alto á la opinion que los autores por ellos condenados.

«La universal imitacion de las modas y costumbres de Inglaterra, no era un triunfo decretado en honor del buen gusto inglés, ni de su industria, ni de su superioridad en las artes, sino en la expresion de un sentimiento muy distinto que cada dia iba madurándose más, á saber: el deseo de ver trasplantadas á Francia las instituciones y la libertad de la Gran Bretaña.....

«Comenzábamos á tener clubs, donde los hombres se unian, no todavía para discutir, sino para comer, jugar al whist y leer obras nuevas: el primer paso inobservado, que trajo grandes y por el pronto fatales consecuencias. Su primer resultado fué separar á los hombres de las mujeres, con notable cambio de nuevas costumbres, que se hicieron ménos frívolas, pero también ménos urbanas, más vigorosas, pero ménos amables, ganando en ello la política, pero perdiendo la sociabilidad. Todo tendia á los objetos graves; y al partido filosófico que conducia á la revolucion, se unian hombres de importancia, cuyos intentos eran muy diversos.

«Éstos progresos de la igualdad, el homenaje tributado á toda especie de mérito personal, el entusiasmo con que se miraban todas las grandezas literarias y filosóficas, ponian en actividad la imaginacion de los poetas, de los artistas, de los escritores.»

Tales eran los sueños dorados de la aristocracia al borde del abismo. Junto á ella se elevaba una generacion que sacaba su fuerza del rencor heredado de una serie de ascendientes oprimidos, generacion que se creía ya madura, no sólo para no sufrir más injurias, sino también para vengar las pasadas, lo cual hacia, ya con seria oposicion, ya con el escarnio, siempre despreciando al rey, á la reina y á la nobleza.

Sin embargo, mientras la sociedad se tornaba grave y pensadora, la córte se conservaba frívola: paliábanse las prodigalidades del soberano creando empleos inútiles; sus dos hermanos y la casa de Orleans ostentaban un lujo ruinoso; por emular á los ingleses se compraban caballos de enorme precio, y se introdujeron las inmensas apuestas, la costosa irregularidad de los jardines, el juego frenético. En éste la reina consumia tesoros, y no menores sumas en modas y joyas; y Luis, pobre de espíritu, no sabia sino desaprobar con el silencio aquella dispacion, aquella anglomanía.

Los sabios estudiaban los motivos de los apuros en que se hallaba el Erario y del desorden de la Hacienda; pero entretanto el pueblo, que está más dispuesto á culpar á las personas



que á las cosas, habia ya encontrado la víctima, y no atreviéndose á dirigir sus tiros al rey (¡era tan bonazo!) la tomaba con la austriaca. María Antonieta, mujer de buen fondo, habria podido tambien ser buena reina si hubiera tenido quien la guiase; pero su ambicion de familia la impulsaba á pretensiones perjudiciales, y su débil marido nada sabia negarle. Ansiosa de expansion y de aquella amistad cuyas dulzuras están vedadas á los reyes, se abandonó á las intrigas de la Polignac, la cual no sabia reprimir sus imprudentes ligerezas interpretadas luego por la malignidad en el peor sentido posible. Verificóse entonces un cambio tambien en el vestir de las mujeres, que de magnifico se iba trasformando en sencillo y elegante, de extravagante y pesado en delicado y ligero; por lo cual prefiriéndose las muselinas inglesas á las sedas de Lyon, se arruinaban las fábricas de esta ciudad; y si bien los vestidos costaban ménos tenian que renovarse con más frecuencia, de suerte que los maridos lamentaban profundamente una variacion de moda que les dejaba exhaustos los bolsillos.

María Antonieta, de corazon expansivo, de alegres sentimientos, de carácter amistoso y confiado, se iba á los bailes de máscaras sin su marido; fué la primera reina de Francia que recibió hombres á su mesa, y para que no lo estorbare el ceremonial los recibia vestida sencillamente de negro; quitábase con frecuencia el guardainfante; gustaba del fresco de las noches, tuvo el capricho de ver salir el sol, cosa que jamás habia visto, y aquellas peregrinaciones ocasionaron grande escándalo en la disoluta París. Los franceses, que habian compadecido ó aplaudido á las mancebas de los reyes, escarnecian con sucias y abyectas injurias á una reina imprudente, pero no depravada; y las canciones infamatorias llegaron hasta los oidos del rey. Por su parte, los hombres graves repetian que por consideraciones de parentesco se sacrificaban los intereses de Francia á los de Austria, y cuando José II quiso abrir el Escalda, los parisienses tomaron partido por los holandeses. Despues, este emperador llegó á Paris cuando más en boga estaban los modales puritanos y las pretensiones de franqueza, y

sin ostentacion, antes bien haciéndose singularmente popular, estuvo recorriendo todos los establecimientos, maravillándose de que Luis no hubiese visto ninguno y esparciendo por todas partes sentencias filosóficas: y el público lo aplaudia, olvidando cuan fácil es á los reyes mostrarse liberales en país ajeno.

Ciertos accidentes fortuitos vinieron á dar armas á los enemigos de la austriaca.

La experiencia de cada dia nos demuestra que los hombres se hacen supersticiosos cuando pierden la religion y crédulos cuando reniegan de la fé. Ya hemos indicado, que áun los doctos y pensadores procuraban llenar con cábalas, teosofía y sociedades secretas el inmenso vacío que dejaba en ellos la negacion de Dios; y así como Alemania tenia Nicolaistas ó Iluminados (*au. Führer*), así Francia tenia Martinistas y Filaretos, y sobre todo Paris, educada segun la nueva sabiduría de los filosofistas, era la víctima y el juguete de los impostores. Un aventurero que se titulaba conde de Saint Germain, hombre de gran erudicion ó por lo menos de mucha memoria, y en inteligencia con los iluminados de Alemania, fué llevado á Francia por el marqués de Belle Isle, que lo tenia por consejero, y presentado por la Pompadour á Luis XV, el cual pasaba largas horas de la noche en oír sus extravagancias.

Decia este aventurero que para estimar á los hombres era necesario no ser ni confesor, ni ministro, ni comisario de policia; mostraba y regalaba ricas joyas; manifestábase gran conocedor de cuadros, y tenia algunos que descubria con misterio y sólo á personas muy inteligentes, verdadero modo de granjearse admiracion. Trataba con confianza excesiva á los grandes y entraba con la misma en las sociedades, excitaba la curiosidad con cuentos singularísimos, presentándose como testigo ocular de los más antiguos sucesos. Acaso no era sino un espia; pero aquellos animales de parisienses, como él los llamaba, creyeron que tenia doscientos, quinientos y aún mil años, y que se habia sentado entre los convidados á las bodas de Caná, habiendo vivido hasta entonces merced á un elixir de inmortalidad que para su uso particular habia compuesto.



Tambien en aquellos dias adquirió una triste celebridad el veneciano Casanova, que nos dejó escritas sus ingeniosas Memorias, en las cuales el cinismo de la expresion compite con la inmoralidad del pensamiento. Tambien Estéban Zanoowic, taur estafador, que se decia descendiente de Scanderberg y príncipe de Albania y habia escrito mucho en italiano y en francés, encontró crédulos en Oriente, en Alemania y en los Países-Bajos, y sacó inmensas sumas, tanto á las córtes como á los negociantes holandeses, hasta que preso por deudas y fraudes en Amsterdam, adonde habia ido á pedir un millon en pago de pretendidos servicios, se salvó de la horca suicidándose (1785).

Podríamos alargar esta lista, áun sin hacer mencion del rey Teodoro. Ya hemos hablado del suave Mesmer, el cual llegó á Paris cuando nada daba pasto á la curiosidad, ni los negocios públicos que dormian, ni las contiendas entre molinistas y jansenistas, que se habian apaciguado. Los descubrimientos acostumbraban á no creer nada imposible, y la mania social de saberlo todo, hacia que se confundiese al químico con el droguero, al fisico con el charlatan. Así, pues, aquellos que habian vacilado en creer en los fenómenos de la electricidad, luego que se convencian de su existencia, aceptaban todas las exageraciones de los embaucadores; y los que se habian reido de los convulsionarios de San Medardo dieron crédito á Mesmer que trasformaba á los hombres en máquinas eléctricas perfectas, en que lo superfluo del uno pasando al otro producía salud y ciencia. Médicos y filósofos, Lafayette y Bergasse, el entendido diputado D'Eprèmesnil y el naturalista Jussieu creyeron en él; el rey le ofreció en 1781, veinte mil francos de pension á Mesmer, siempre que comunicase su secreto á tres hombres científicos; pero él rechazó tan miserable suma: una comision de académicos lo declaró charlatan; pero una suscripcion abierta en su favor entre los curados por él, procujo 340.000 francos.

De todos estos artificios de charlatanes y de hombres científicos se aprovechó el conde de Cagliostro. Dicen que éste fué un tal José Balsamo, natural de Palermo, el cual comenzó sus

trapacerías robando á un platero setenta onzas de oro, por medio de la promesa que le hizo de descubrirle un tesoro escondido. Viajó por muchos países y pretendia haber viajado por muchos más, y en todos ellos cambió de nombre y de profesion, buscando fortuna con sus drogas, con sus charlatanerías, con el juego, con vender los favores de su mujer. En Estrasburgo fué recibido en triunfo (1780), y justificó este recibimiento con actos de beneficencia, asistiendo á enfermos de balde, siendo afable con los pobres y despreciando á los ricos, que en tropel acudian á consultarlo. Establecido despues en Paris, además de curar enfermos evocaba los muertos con tal habilidad, que el naturalista Ramond, que nada tenia de tonto, quedó persuadido de su ciencia. Al fin, habiéndose trasladado á Roma, fué preso con su mujer, acusado de masonería y de estafas y condenado á muerte, cuya pena fué despues conmutada en la de cárcel perpétua.

Antes de sus infortunios se habia captado la confianza de Luis de Rohan, gran limosnero de Francia. Este prelado, hombre de malas costumbres, vanidoso y frívolo, hallándose de embajador en Viena, no dió otra cosa á sus familiares más que el permiso para ejercer el contrabando, y se enfangó en un cúmulo de deudas y de intrigas; pero á pesar de toda su infamia fué promovido á cardenal por ser de régia estirpe. Decia que no sabia cómo un hombre galante podia vivir con ménos de 1.200.000 francos de renta; y habiendo oido hablar de una enorme quiebra, exclamó: «bancarrotas de esa magnitud no son lícitas sino al rey y á los Rohan». Heria su amor propio de galanteador y de hombre principal el no haber podido nunca caer en gracia á María Antonieta, y tanto más ofendia su vanidad este contratiempo, cuanto que consideraba á la reina como un obstáculo para el nombramiento que ambicionaba de primer ministro. Cagliostro lo engañó con la promesa de inspirar pasión á la reina por medio de artes ocultas, y preparó la trama con la condesa de La Mothe, descendiente de los Valois, pobre, seductora y corrompida.

Luis XV habia encargado á Bönmes, joyero de la córte, que le hiciera un collar del valor



de dos millones de francos para la indecente Barry; pero habiendo muerto en este tiempo el rey, Böhmer se le ofreció por 1.600.000 francos á María Antonieta. El rey se asustó del precio y tuvo valor para negarse á hacer semejante gasto; pero María Antonieta no lo tuvo para renunciar á su deseo. La condesa de Mothe dió á entender á Rohan que iba de parte de la reina á rogarle que la hiciera en premio de un gran favor, el gran servicio de comprarle el collar, que ella despues lo pagaria á plazos, en prueba de lo cual le llevó un billete firmado por María Antonieta. Con esto quedaron lisonjeadas la vanidad y la lascivia del prelado, y habiéndose inducido á una mujer pública, llamada Oliva, á que fingiese ser la reina en una cita nocturna preparada en el jardin de Versalles, se compró el collar y fué dado á la condesa de La Mothe para que lo llevara á María Antonieta, pero ella lo llevó á Lóndres y allí lo vendió. Vencido el primer plazo señalado para el pago; el joyera pidió su importe, y el cardenal no teniendo medios de satisfacerlo, le dijo que acudiese á la reina. De este modo se pusieron en claro la intriga y las culpables esperanzas del cardenal; Luis en vez de guardar el secreto, cedió al resentimiento é hizo público aquel que no pasaba de ser un escándalo doméstico; Rohan, con vestiduras pontificales, como se hallaba para cantar la misa de la Asuncion, fué en-

cerrado en la Bastilla, la condesa de la Mothe llevada á la cárcel, y el Parlamento recibió orden de formar causa.

Grande excitacion causaron en la sociedad escándalos tan inauditos, como eran, un cardenal procesado entre un charlatan y un prostituta; una reina mezclada en súcias intrigas; un rey que conmovia con su mano aquellas bases del trono, á saber, los privilegios del clero y de la nobleza, en las cuales hacia tantos años que se estaba procurando abrir brecha; un monarca, en fin, que introducía la mirada maligna del público en los secretos del tálamo, y ofrecia al Parlamento una ocasion de agitar aquel asqueroso negocio y desfogar su latente rencor.

No habiendo Rohan recusado el fuero incompetente del Parlamento, éste, despues de seis meses de un proceso indecentísimo, lo absolvió, y tambien á Cagliostro, y ambos obtuvieron del público ovaciones, con gran mengua del honor de la reina, como si hubiesen sido víctimas de las intrigas de la odiada austriaca. La condesa de La Mothe fué condenada á desdencirse con la cuerda al cuello y despues á ser azotada, marcada y encerrada en la Salpetriere por toda su vida; pero habiendo logrado escaparse, apeló á la imprenta para arrastrar por el cieno el nombre de María Antonieta.

EPOCA DÉCIMOACTAVA

LA REVOLUCION

Años despues de Jesucristo 1789 á 1877.

INTRODUCCION.

¿Qué quiere, intenta y pretende la revolucion? ¿qué es la revolucion sino el retroceso al paganismo?

No se nos arroje en cara á los defensores de la verdad católica, la tremenda acusacion de apasionados fiscales de todo lo nuevo; distingase de entre la serie de triunfos modernos, aquello que es grande, y bueno, y verdadero, y puede vivir en perfecta armonía con la verdad científica, moral y filosófica, de aquella otra serie de bárbaras y sangrientas utopias que tienen la conciencia de manchas de impureza, como tiene la sangre la adusta faz del criminal al hacerla saltar del corazon de la víctima. La ciencia católica es la primera en ensalzar y bendecir todo progreso santo, en condenar toda impotencia social, en maldecir de las sangrientas tiranías que empobrecen á los pueblos y naciones, y tambien es la primera que se ajusta á condenar la soberbia de la razon finita contra la razon infinita, espíritu de la revolucion, y el despotismo de la tumultuosa demagogia contra la severa direccion de la autoridad ordenadora.

Los que ensalzan y elogian los triunfos de la filosofía naturalista, las conquistas de los llamados derechos humanos, la emancipacion de la razon y el llamado progreso de la vida, rechazando sin reflexion ni miramiento la voz amiga y cariñosa de la verdad católica, que no condena, ántes ensalza, los triunfos del saber en todos sus órdenes, hánse acreditado ya de profanadores de la tolerancia, y marchan al frente de esa pléyade de insensatos y locuaces tribunos del error, que descargan la cuchilla y no la fuerza de la razon sobre las ideas que los combaten.

Ante la actitud de tales pensadores, que ridiculizan, pero no discuten, preciso es someterlos á nueva discusion, si las várias manifestaciones del pensamiento han de ser fecundas, como quiere y enseña el mismo racionalismo, á las ciencias y al llamado adelanto y progreso del saber.

Triunfante, pues, el espíritu neo-pagano, no será de extrañar que en el desarrollo de esta época se nos ofrezca la historia de la humanidad rodeada de imágenes sangrientas, de